



## El renteriano

# MOSSEN PEDRO DE IRIZAR y la Administración de CARLOS V

La biografía del emperador Carlos V, por Royall Tyler, es la última biografía que, hasta ahora yo sepa, ha sido publicada en España en torno a aquella figura en ocasión de su centenario.

Tampoco Tyler elude el problema de las dificultades financieras que durante todo su reinado apretaron al emperador. Un largo capítulo de su excelente biografía, capítulo que Tyler rotula «Las Españas: Hacienda, Moneda y Precios», ilumina este fundamental aspecto del reinado de Carlos V, estudiado a fondo por Ramón Carande en «Carlos V y sus banqueros. La vida económica de España en una fase de su hegemonía. 1516. 1556».

Tyler sostiene que el emperador, hacia el final de su reinado, vivía, literalmente, *por* sus deudas, puesto que obtenía dinero únicamente por el miedo de sus acreedores a dejar de cobrar lo ya entregado si se negaban a prestar de nuevo.

En nuestra Guipúzcoa, el caso de la madre de Juan Sebastián de Elcano litigando años y años, además sin fortuna, por cobrar los sueldos debidos a su hijo, constituye un ejemplo típico de la administración de Carlos.

Por esto adquiere de nuevo actualidad la figura de Mossén Pedro de Irizar, el cura renteriano que, según nuestro Garibay, imaginó y capitaneó el ardid de los cuatrocientos mozos con hachas encendidas que él había comprado —él, el mismo Mossén Pedro de Irizar— y que le sirvieron para engañar al enemigo la noche antecedente a la batalla de San Marcial, yendo y viniendo por el camino real de Irún, consiguiendo así, a fuerza de mantener durante toda la noche en estado de alarma a las tropas coaligadas, que éstas dejaran de acudir al alto de San Marcial, lugar escogido para la batalla por las tropas imperiales.

Estas cuatrocientos luminarias —costosas luminarias porque duraron toda la noche— compradas por el cura de Rentería a sus propias expensas la víspera de un día decisivo para el emperador, abren un ancho portillo a las penosas interioridades de la Intendencia de sus ejércitos.

Tampoco el historiador lezotarra Lope de Isasti se olvida de consignar aquel comentario, lleno de íntima satisfacción, de don Beltrán de la Cueva, el capitán general de Guipúzcoa, al cura Irizar:

—«Señor Mossén Pedro, no podrá decir el Emperador, que en este día nos da de balde de comer.»

Es una frase que tiene todo el valor de un grabado de época. No es ningún dicho banal. Tiene mucha más importancia de lo que a primera vista parece.

Es un desahogo que nos descubre el malhumor de los Estados mayores del ejército imperial, resentido, seguramente, por los malos modos de la alta administración de Carlos V, siempre aquejado, durante todo su reinado, por la carencia de numerario. Carlos V pagaba a sus victoriosas tropas tarde y mal, pero, por lo visto, cuando pagaba exigía a tocateja la contrapartida heroica.

Sabido es que Rabelais, fiel súbdito de Francisco I, rey de Francia, sempiterno enemigo del emperador, se mofa sangrientamente en *Gargantúa*, a través de su personaje el rey Picrochele, de la perpetua pobreza de Carlos V. Rabelais identifica a Picrochele con el rey de Piamonte. La alusión es ultraclara.

Sí; el fiel y belicoso renteriano Mossén Pedro de Irizar y su amigo don Beltrán de la Cueva, capitán general de Guipúzcoa, sabían perfectamente cómo andaban las cosas por el lado del emperador.

JOSE DE ARTECHE